

Cuadernos del Salegar

Revista de Investigación Histórica y Cultura Tradicional

[\[Portada\]](#) [\[Línea Editorial\]](#) [\[Temas Publicados\]](#) [\[Quintana del Pidio\]](#)

Editores: Roberto Calvo Pérez y Juan José Calvo Pérez

Año IV Número 15 Febrero 1998

CABAÑAS Y PALOMARES EN QUINTANA DEL PIDIO

Acierta, creemos, Miguel Delibes en su obra *Viejas historias de Castilla la Vieja*, al afirmar: "*Después de todo, el pueblo permanece y algo de uno hay agarrado a los cuetos, los chopos, los rastros. En las ciudades se muere uno del todo; en los pueblos, no; y la carne y los huesos de uno se hacen tierra*".

En este número pretendemos acercarnos a una realidad que, seguramente, todos hemos visto, pero que quizá nos falte organizar y aproximarnos a su comprensión. Nos estamos refiriendo a las *cabañas y palomares* que se extienden por todo el territorio municipal. Estas construcciones populares, de carácter secundario, antes tenían un objeto, ahora, prácticamente ha desaparecido y bien podría aplicárselos el pensamiento de Marcel Duchamp: "*Cualquier objeto desprovisto de su función pasa a convertirse en objeto de arte*".

Porque, mirándolo detenidamente, son auténticas obras de arte, pero en peligro de extinción. Queremos hacer una llamada a particulares y Ayuntamiento para que intentemos entre todos salvar las cabañas, las pocas cabañas, que siguen como testigos mudos de la historia entre los viñedos. No es cuestión de economía, sí de sensibilidad.

El paseo disfrutado está seguro para quien se decida a recorrerlas. Cada momento de luz, cada estación climática, cada estado del ánimo, da un toque especial de distinción a este arte rural que está a punto de fenecer^[1].

1. Los "innobles" materiales

Dentro de la diversidad de materiales utilizados para la edificación de las casetas y palomares sobresalen aquellos que nada tienen de nobles. Lo más común recogido de la naturaleza y el entorno sirve para levantar una guarnición que nos defienda de la inclemencia del tiempo y nos procure sosiego y descanso.

a) **El barro "crudo". Adobes y tapias.** El barro "crudo, es decir, sin cocer, es el material más utilizado en las construcciones tradicionales castellanas, y se presenta, sobre todo en sus dos modalidades más conocidas: el adobe y el tapial. En Quintana aún hoy un término recuerda su presencia: *Las adoberas*; era el lugar (junto con los *Pradillos y el Prado*) donde llegado septiembre, tras la fiesta, se acudía para obtener adobes, que nunca faltaran en casa por si el invierno era intempestivo y derruía algún *chabisque o tenada*. Este material es una sencilla mezcla de masa de barro con paja que le asegura una mayor solidez y consistencia. Pero no todas las tierras son óptimas para su elaboración: es imprescindible que el porcentaje de arcilla

[1]

no llegue al 20% y que la proporción de arena sea superior al 45%; el agua empleada no debe superar el 20% del peso de la arcilla empleada; la paja habrá de encontrarse bien seca y picada.

Por las campañas de excavación de yacimientos arqueológicos podemos constatar cómo ya desde tiempos prehistóricos se usaba. Los romanos no fueron menos; uno de sus escritores, Vitruvio, en el segundo libro de su *Arquitectura*, se extiende al tratar de la fabricación de este material, y aconseja: *"No hacer de barro arenoso ni pedregoso. Porque los tales son pesados, y si se mojan estando en el edificio, luego se deshacen y caen, y la paja que en ellos se echa por la aspereza de la tierra no se pega, mas hanse de hacer de tierra blanca, gredosa, o de tierra colorada, o de tierra arenisca macho, porque estos géneros de tierra por ser livianos tienen firmeza. Hanse de hacer en tiempo de primavera, o en otoño, para que se sequen, porque los que en julio y agosto se hacen son malos. Porque el sol calienta reciamente, hace que por cima parezcan secos y dentro están húmedos, y cuando después se van secando, se encogen y aprietan, y abren lo que estaba seco"*.

Desde el punto de vista etnográfico, conviene señalar que, aunque las medidas y tipos de tierra que se emplean sean diferentes en cada comarca, el sistema de fabricación es muy similar en todas ellas. Veamos cómo se realizaban en nuestro pueblo: A la orden de los "viejos" se comenzaba a picar la tierra (en forma de hoyo), se echaba la paja, que se había seleccionado bien picada y bajado en sacos, y se recalaba todo; para que se empapara bien, había que pisarlo y amasarlo muchas veces, dejando el agua toda una noche. Al día siguiente se hacía una playa, un terreno llano y bien limpio, y se acercaba la masa. El "cortador" ya había preparado el *mencal* (gradilla, se denomina en otros lugares) y mojado con un trapo para evitar que se pegase; éste era de madera con dos o tres cavidades, según los casos, pero normalmente se utilizaba el "arrobero" (para que cada corte pesara más o menos una arroba, esto es, once kilos con quinientos dos gramos). El oficiante iba realizándolo por filas y pasando por cada adobe un trapo humedecido que les daba un brillo extraordinario. Al final de la jornada se percibía el cansancio, pues eran unos doscientas las piezas realizadas.

Los adobes, una vez hechos, se dejan secar al sol, dándoles vueltas cada día y medio o dos, y colocándolos sobre uno u otro costado, para que el sol y el aire los seque bien por todas partes. Posteriormente se los apilaba. Una vez concluida la campaña, se subían a casa en el carro, en cada viaje unos ciento veinte. En la carga y descarga se precisaba tener gran cuidado: se podían cortar las manos.

Si éstos son mejor para utilizar en las paredes altas de las casas, los **tapiales** (tierra aprisionada) lo son para el relleno de entramados de madera o para la elaboración de bovedillas. Otras aplicaciones del barro son: como mortero para unir cantos rodados o piedras; mezclado con paja para revoque de muros y tapias (logrando mayor impermeabilidad y consiguiendo paliar los cambios bruscos de temperatura).

b) **El barro cocido. Ladrillos y tejas.** El barro cocido es la materia prima empleada para la fabricación de ladrillos y tejas. La arquitectura popular de ladrillo es heredera directa de otra culta de ascendencia mudéjar introducida, en sus primeros momentos, en edificios religiosos ejecutados bajo gustos románicos o góticos.

c) **La piedra.** En las zonas montañosas, el material de construcción por excelencia es la piedra; sin embargo, la falta de dichos espacios montañosos en la comarca no es óbice para que se utilicen las piedras caliza y arenisca. Principalmente en este momento nos referimos a la piedra de mampostería (de labra tosca e irregular) y no la de sillar ni sillarejos (perfectamente labradas) que aparece en varias casas del pueblo.

d) **La madera.** Otro material de construcción muy utilizado, auxiliar si se quiere, es la madera. Su empleo varía mucho de unas comarcas a otras, dependiendo, normalmente, de la

mayor o menor abundancia de arbolado en las mismas. Sus usos más comunes son como entramados, en los soportales y en los aleros de los tejados.

2. Las derruidas cabañas

Estas construcciones cupuladas, que se encuentran extendidas por todo el término municipal de Quintana, son una auténtica belleza de arquitectura tradicional.

Hay una gran variedad de cabañas atendiendo al uso que se las dé. Están en las eras, para guardar los aperos estivales de la trilla; la memoria guarda imagen de la **Caseta de los Resineros**, construida por ellos mismos cuando venían a recoger la savia de los pinos, y construida por ramas y tamuja. Pero la mayor parte se han ido edificando en torno a las viñas.

La villa siempre giró en torno a la producción vitivinícola. No es extraño que también en estas construcciones se encuentre un aspecto más de la economía y cultura enológicas. Unas veces como lugar para guarnecerse del día y pasar la noche los guardas del viñedo (algunos las denominan casetas guardaviñas), pues había que controlar entre todos que nadie robara los productos de subsistencia; al hablar de la vendimia ya quedó constancia en aquel número^{2[2]}; pero es sobre todo en un documento de concordia de amojonamiento entre Quintana y Revilla donde aparece claro este uso, ya desde antiguo (1442):

*"dezimos hauer e tener derecho/ y vso y costumbre auténtica y guardada y prescripta de tanto tiempo/ años acá que memoria de hombres no es en contrario los **nuestros guarda/dores** de los frutos y términos de poner **cauañas** enzima de la peña de Pe/ninglés que diçen que guardan las viñas y los frutos d'ellas que ellos an/ tenido e tienen en los términos del dicho lugar Quintana fasta el arroyo/ de Olmedo que diçen e poder preñar e montalgar a los veçinos del dicho/ lugar de Quintana y a sus ganados que hallan faziendo daño en las dichas/ viñas y tierras y frutos d'ellas según nuestras hordenanças y lleuar/ las penas en ella contenidas e el dicho conçexo e homes buenos del/ dicho lugar Quintana dezimos que el tal vso y costumbre no es de guardar"^{3[3]}.*

Pero posteriormente pasarán a utilizarse por los jornaleros que trabajaban en cada época las viñas: como lugar de descanso, para resguardarse del frío cierzo, para echar una cabezada en los días de madrugadoras amanecidas del estalle, para comer con una fogata en los fríos inviernos cuando las manos se quedaban pasmadas podando, para paliar el sol de justicia en agosto mientras se quitaba la hierba...

Según sea su tipología nos encontramos con tres modelos: las de planta rectangular (las de las eras), las de planta circular (la mayoría de ellas) y las de planta cuadrangular (pocas). Excepto las de la trilla, todas las demás están cubiertas (en forma de falsa bóveda) por una cúpula.

Este tipo de refugios está hecho de piedra suelta (en algún caso también se utiliza el adobe) y recubiertas por tierra y céspedes; a veces se recurre a unas pequeñas viguetas de madera y, sobre ellas, ramas y tierra. Hay que señalar que tienen un único hueco de entrada (en ocasiones, frontalmente un ventanuco) que no dispone de carpintería alguna. Su orientación (en la mayoría de los casos) es tendente al mediodía, por ser éste el punto cardinal más benigno climáticamente.

"¿Alguien puede decir cuántas cabañas quedan en Castilla? Tejas llenas de musgo y paredes de adobe definen todavía un espacio único donde se guarda la beldadora o el trillo, algún montón de paja, arreos de animal, utensilios de labranza, cestos viejos, gavillas, telarañas y sueños.

Estaban -y están- situadas al borde de las eras, al comienzo del huerto o en medio del majuelo y proporcionaban sombra y techo, frescor en la canícula y cierta protección de los aperos. Servían para dormir la siesta en los días de mucho madrugar o, en las tardes de nublado, para protegerse de aguaceros. Más de una exploración de anatomías se realizó bajo su techo y alguna historia de amor adolescente fue consumada en aquel ámbito iniciático.

Revestidas de la belleza nostálgica de lo que desaparece, se esfuerzan por mantenerse todavía en pie ofreciendo todo lo que tienen: hermosura para la sensibilidad estética, sosiego para la inmortalidad de las arañas y refugio a tordos y gorriones que no hallan otro lugar donde poner sus nidos".

(Pascual Izquierdo, Guía turística y monumental de la Ribera del Duero, 79).

3. Los olvidados palomares

Cantados por poetas y escritores que han visto en la decrepitud de sus cubiertas y las grietas de sus tapias un vivo reflejo de la decadencia de estas tierras castellanas, el palomar es una construcción popular de sumo interés. En Tierra de Campos es el símbolo prototípico; un escritor dice de ellos: "El palomar aquí, en la antiplanicie, tenía la estructura circular del molino de viento, pero no molía más que el zureo o arrullo de la palomada y se defendía como fortaleza de las rapaces del viento y era a la vez como un pozo en cuyo interior el ave sagrada, símbolo espiritual de la nueva cristiandad, encontraba su morada"⁴¹.

Parecen concordar los autores en que su procedencia se halla en Roma, de donde fueron introducidos a nuestras tierras. Siempre ha estado unido a la

riqueza, a la nobleza e hidalgía como signo de posesión: el mismo Lazarillo tuvo que escuchar cómo uno de sus amos, aquel hidalgo pobre, le confesaba en un alarde de sinceridad que no era tan pobre que no tuviera allá en su tierra "... *un palomar, que a no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos*". Ello explica la legislación emitida por Enrique IV en 1465 y por los Reyes Católicos en 1484, fruto sin duda, de los conflictos que generaban los daños ocasionados por las aves en los cultivos de escasa productividad; así lo expresa la ley dada en Medina del Campo en 1484 por Fernando e Isabel: "*Y muchas personas injustamente e individualmente, tiran con la ballesta a las palomas de los dichos palomares, y las matan, así con las dichas ballestas como redes, cebaderos y otros armadijos que para ello hacen, con lo cual los dueños de dichos palomares ya han recibido y reciben mucho agravio y daño*".

El palomar como edificación específica y aislada de la casa se localiza en las comarcas donde es posible una cría abundante, por su relación estrecha a la existencia de grandes extensiones de cultivo de cereal, preferentemente cebada, teniendo sólo que ayudar a la paloma cuando excasea el alimento (de noviembre a mayo).

Se construyen a las afueras del pueblo, ni tan cerca que las palomas, de suyo huidizas, sean espantadas por las gentes vecinas, ni tan lejos que sean presa fácil de ladrones y cazadores furtivos que operen a sus anchas de espaldas al dueño. También se procura la ausencia de árboles en sus inmediaciones para evitar que se acerquen las aves de rapiña. El agua, abundante y próxima, es un elemento capital para que puedan beber y bañarse. Huyen de la orientación al septentrión, generalmente más fría, y buscan el sol de mediodía.

Están edificados de adobe y tapial, en algún caso (como en Quintana) se recubre con cal. Circulares (ambos de la población), cuadrados, poligonales, siempre cerrados sobre sí mismos, con una única y angosta puerta de acceso a un interior donde se multiplican los nichos para que aniden las palomas. Los dos ejemplares de nuestro pueblo se caracterizan por unos únicos muros exteriores disponiéndose en sus caras internas los nichos de adobe donde nidifican y duermen las aves.

PALOMARES

"Algunos son rotundos, circulares, solitarios. Y se alzan como un soplo de tristeza en medio de los campos. Con presencia de edificio antiguo se afanan por mostrarse íntegros y erguidos, a pesar de que tan sólo el aire puebla sus entrañas.

Otros son como paralelepípedos. Cuatro paredes y una sola techumbre configuran un espacio que estuvo ayer habitado por plumajes gozosos y temblores de recién nacido.

En el pasado todos fueron señal de cierta o singular principalía, hasta tal punto que hidalgos de gesto y apariencia aireaban su presunta posesión como parte de un patrimonio que fue rico.

Casi ninguno alberga hoy presencia de palomas. Muchos luchan abiertamente para que no se derrumbe el techo. Todos recuerdan aquellos años felices de tráfico de alas y zureos, cuando una campanada despertaba gran revuelo de plumas.

Hoy son vestigio de un tiempo ya pasado y no se sabe si mejor. Apenas es posible hallar en ellos vuelos o estallidos, pues muestran un corazón despojado de ternura. Sólo queda en sus paredes la presencia callada del adobe definiendo los signos más recientes de la memoria perdida''.

(Pascual Izquierdo, Guía turística y monumental de la Ribera del Duero, 85).

4. Paseo con nostalgia

Iniciamos un recorrido por los diversos palomares, casetas y cabañas del término municipal de Quintana del Pidio. Es un paseo que pretende catalogar los existentes y dejar memoria de los derruidos. En él se mezcla realidad presente, añoranza pasada e inevitable nostalgia. Invitamos a que el público "patee" el campo y pueda deleitarse con estas obras de arte de construcción popular secundaria. Seguimos el criterio alfabético. El número entre [] identifica su localización en el mapa.

-Alameda/Carrarroa (Caseta de la Eugenia)[1]:

Cabaña: 225 de alto x 330 de ancho

Puerta: 70 de alto x 90 de ancho

Quizá ésta sea el símbolo cabañil por excelencia del pueblo. En perfecto estado, aprovechando todo el innoble material (piedra, barro de adobe, tierra y recubrimiento exterior de piedras y tierra) es capaz de romper la línea constante de orientación, hacia el Solano (NE), con vistas a Quintana. Cuentan que aquí es donde la Eugenia, conocida pobre de solemnidad en la comarca, pasaba las lúgubres noches cuando la oscuridad se cernía en su necesitada e inhumana labor de rogar por caridad un mendrugo de pan de puerta en puerta generosa de la villa. Hoy sólo los pájaros visitan su interior.

-Carramonzón [2]:

Un multicolor panorama hace materia de disfrute a la retina del caminante: multiplicidad de tenues tonos se aprecian desde lo alto; ya se recogió el fruto días atrás; ni siquiera se viene a la rebusca, que ya no se ejercita; sencillamente es poder contemplar, a la caída de la tarde, ese festival de luz y color entre las hojas, aún no demasiado castigadas por la rociada: rojizos, parduzcos, verdes claros, marroncillos... combinados caprichosamente por la

naturaleza. No ha mucho, a la parte arriba, cobijada por varios robles, existió una cabaña. Ahora sólo quedan unas piedras de sillería que, suponemos, eran el armazón de la puerta. El agua de invierno arrastró todo lo demás.

-Casetas de las Eras del Monte [3]:

Construcciones: Largo: 780 cms. Ancho: 445. Alto: 350.

Puertas: Ancho: 155. Alto: 220 cms.

Al caer del sol de agosto, persiguiendo respiro resinoso, el paseante inicia su caminata hacia el monte, buscando la calma vespertina. Afloraron los quitameriendas, apenas si hay gorriones buscando algo de alimento, pues no quedan ni granzas ni montones de cereal. Un trillo, colocado en proximidad de la puerta de la caseta, desgastado por los años y las aguas, delata el pasado. No ha mucho se construyeron a base de piedra en los cimientos, adobe en los lienzos y ladrillo en las esquinas, para favorecer la guarda de utensilios veraniegos y dar descanso al agotador trabajo de la recolección. Ahora, sólo nostalgia.

-Caseta de los Pradillos [4]:

Construcción: Largo: 530. Ancho: 280. Alto: 255.

Puerta: Ancho: 450. Alto: 220.

Mirando al amanecer, esperando un imposible milagro de la primavera, se encuentra esta caseta levantada por el tío Julio; con él ha ido desapareciendo la techumbre, hoy en ruina. Dentro, un trillo y apolillados haces de espigas, remontando al visitante a las eras, las meriendas, la torna y la lenta trilla, con el calor de mediodía, el paseo a por agua y la sombra de los chopos, actualmente muy alargada. Un envejecido espantapájaros habla de lo cómico que tiene la historia, del paso de los años, de la juventud perdida, de la identidad empolvada. Los adobes van cayendo por la fuerza de las imparables raíces de arbustos y zarzas que se han convertido en sus pobladores.

-Cuestablanca [5]:

Cabaña: 170 de alto x 200 de ancho

Puerta: 120 de alto x 65 de ancho

Allá, al borde de la montaña, medio escondida en el barranco, se halla observando la antigua fábrica de alcohol y el moderno depósito del agua. Ella es más vieja, está tocada por el paso de los días; pero se mantiene, casi con dignidad, contemplando cómo las empresas humanas vienen y retornan según la circunstancia de la historia. En más de una ocasión ha sentido la visita de los sigilosos conejos que entraban al plantel para comerse las uvas. Un pequeño hueco en el vértice superior es la primera herida que sufre esta edificación de piedra buena y que presagia una lenta, pero certera agonía.

-Indio, el [6]:

Para el joven visitante no resta ni un mínimo vestigio de su existencia. No ha mucho vino la máquina explanadora arrasando el pasado. Los recuerdos son muy vagos: piedras sueltas, alguna rama para reconstruir la techumbre y sarmientos con algún plástico que aliviaran las aguarradas de abril. Los jornales, cuentan, eran muchos por aquí: la grama se hundía en las entretelas de la tierra y los largos inviernos se ocupaban en arrancarla. Algunos aún recuerdan el cantar que sacaron a Evencio, el Soriano, cuando perdió la gabardina por estos lares. La nostalgia queda compensada con un buen trago de agua en la fuente, pues siempre se han reconocido sus excelsas propiedades y con el deleite causado por la escucha milagrosa y atenta de la perdiz en celo.

-Monte, el [7]:

A la orilla del monte, dirección al Prado de Olmedo había una caseta que realizó Alberto, padre de Aragón. Cavando el barranco y con cuatro ramas, instaló un refugio para las emergencias de las lluvias. Ahora, de mañana, el perfume del entorno con olor a resina y naturaleza viva reconforta el espíritu.

-Montecillo [8]:

Cabaña: 190 alto x 210 ancho

Aislada entre el viñedo se encuentra, orientada al SE, lanzando lastimeros gritos al silencio de la ruina. De año en año se aprecia su inaplazable hundimiento. Apenas si la escasa luz solar que entraba antes por el ventanuco colocado al sol naciente reverbera sobre las enmohecidas piedras interiores. A pocos metros abril floreará los almendros; y en octubre, David exclama: "hermosas viñas que en otoño pintáis de morado y blanco vuestros parajes". A lo lejos, altiva, se divisa la torre del pueblo.

-Monzón [9]:

Mirando al valle, en la esquina superior, pegada al monte, se encuentra un montón de piedras casi tapadas por los sarmientos que se han ido depositando en años sucesivos. Un buen día, de la noche a la mañana, apareció destruida; algunos comentaron que habían sido los guardias; nunca se supo la verdad. Antaño acogía a los pobladores cuando se iba para "todo el día". El terreno estaba lejano y no se podía perder tiempo en idas y venidas. Para el niño siempre tuvo un halo de misterio: ¿la lejanía?, ¿lo desconocido? ¿el cercano monte? La desolación crea otros fantasmas nocturnos y viendo piedras sobre piedras lo concreto y tangible se palpa, pero ¿lo inmaterial?

-Monzón-Llano de la Cebolla (Caseta del Mellizo) [10]:

Rompiendo los límites municipales, en el páramo, está el símbolo de la vil codicia. En la memoria de los mayores, cada vez que pasan hacia Oquillas, se actualizan las historias contadas al calor del fogón en años de fantasmas de postguerra. Allí fue dado muerte alguien anónimo mientras se dirigía a comprar vino antes de la guerra para robarle los cuartos. La sangre derramada aún perdura en el aire y casi nadie se atreve a entrar en la que es, posiblemente, única ya que no está relacionada con el viñedo: de forma cuadrangular, con piedras de mampostería y hojalatones que cubren la techumbre, exhala un perfume a muerte.

-Palomar del Colmenar [11]:

500 de diámetro X 800 de alto

Antaño era lugar de recreo y descanso; D. Faustino, el cura, venía de holganza largas temporadas. El huerto en su frescura y las "siemprevivas" regalaban un toque paradisiaco. Ahora, con la huida de las palomas y el abandono de los hombres sólo se aprecia ruina desoladora; apenas si quedan los muros que lo rodeaban, los nidos, contruidos de adobes van cayendo, la techumbre se desplomó y la piedra de mampostería se deshace. Quizá lo trágico lo adivine el paseante, cuando mirando al sur es asustado, al caer del sol, por el vuelo escandaloso de la lechuza, cruel enemigo de las mansas palomas, al abandonar lo que hoy es su castillo y fortaleza.

-Palomar de los Cercados [12]:

670 de diámetro X 750 de alto

Puerta: 105 de alto XX 88 de ancho

Mirando hacia Aranda (SE), con acceso al regañón (O), vestido de nuevo por el encalado y de una sola nave, el viajero halla el único palomar en funcionamiento del pueblo. Su tejado, con tronera e inclinado, para favorecer el pose de las palomas, aún mantiene varios pináculos. Los vecinos han comentado que antes había muchas aves; ahora, apenas quedan: "quizá sea porque, al amanecer, se acercan los cuervos y las asustan". Es noche invernal ya entrada, y en el silencio de las humeantes chimeneas no se escucha ni el reconfortante zureo palomil.

-Pelada, la [13]:

Cabaña: 230 de alto x 330 de ancho

Puerta: 95 de alto x 70 de ancho

A la sombra de la centenaria encina se arroja la cabaña de la Pelada. Elevada sobre un pequeño montículo domina visualmente todo el valle del Gromejón. Quizá sea una de las mejor conservadas, pero el mudo aire del paso del tiempo ha silenciado los "cantes" que Jonás, el de la Morena", entonaba durante los trabajos primaverales. Allá los obreros mientras almorzaban los últimos productos de la matanza, conversaban entretenidos con la cercana romería de San Pedro Regalado. Dirigían su mirada a las torres barrocas del convento y esperaban que este año hubiera mejor divertimento que el pasado. ¡Ojalá el santo aplaque los hielos, pues la viña viene madrugadora.

-Peninglés [14]:

245 de alto X 270 de ancho

Puerta: 75 de alto x 55 de ancho

Marcando mejor que la propia brújula está su puerta anotando el sur. A la izquierda se divisa la autovía a la par que se escucha lejano algún camión

bocinglero; a la derecha, muy en la penumbra, el vecino pueblo de La Aguilera. Cerca se oye el golpeteo de los días de estío, del acero contra la tierra, de la pesadez de las moscas que presagian la tormenta vespertina. La fuente de la Gayuba sacia la sed del caminante. A su espalda se desgranar a la vista del paseante los corrales de ganado ya vacíos para siempre, mientras el tomillo y la sardinilla le reconcilian con el trinar de los pájaros. Arriba están las mojoneras marcadas por grandes piedras y las tablillas del coto: límites para la realidad y búsquedas por la vía de la ensoñación. Comienza a llover; menos mal que hay una cabaña en Peninglés donde guarnecerse del estruendo y de las gruesas gotas con granizo.

-Resinero, caseta del [15]:

En mitad de la llanada, según subes, a mano derecha, no muy lejos de la carretera, se elevaba, casi como las tiendas indias, un refugio para los resineros. Ellos, cuando venían del sur, en su trabajo de día completo para recoger la resina, puede que añoraran un hogar. De sistema fácil, unos palos en trípode y con ramas de carrasca y tamuja, significaba la ruptura del horizonte pinar. Recuerdos de infancia, juegos y emboscadas, búsqueda de *nícalos* y otras nostalgias del paso de los años.

-Ribadabia [16]:

Cabaña: 160 de alto x 275 de ancho

Puerta: 90 de alto x 70 de ancho

El caminante distraído no logrará percatarse de su existencia. En una esquina pedregosa, rodeada de viñedos, se esconde esta construcción. Necesitaría recubrirla de tierra, pues su estado interior es bueno. El acceso, adintelado por unos maderos de enebro, es amplio. La mirada al sur explicita el monte Revilla y la ilusión subyace entre los labradores recordando los viajes de antaño a la capital de la Ribera: se necesitaba comprar el pantalón para la fiesta de septiembre y traer los cochinos para su engorde; a cambio, se dejaban las talegas de trigo.

-San Miguel [17]:

Cabaña: 170 de alto x 210 de ancho

Puerta: 50 de alto x 52 de ancho

Recubierta de piedras muy descarnadas y rodeada de hierbajos que apenas si dejan entrada se halla la cabaña de San Miguel. Atrás quedaron carros y carretas, hombres buenos retirados a orar y laborar. El tiempo también se llevó a viñadores en actitud de merecido descanso mientras se liaban un cigarrillo de "picao". Ahora sólo queda la mirada al mediodía de escasos visitantes que recrean en la mente viejas historias con nostalgia.

-Tejero [18]:

Cabaña: 200 de ancho x 260 de alto

Puerta: 50 de ancho x 70 de alto

Buscando abrir el horizonte, rompe la tendencia orientativa al mediodía, pues chocaría con el monte y la roca arenisca. Es preferible pasar algo de frío y contemplar el bullicio del pueblo mirando hacia el Este. Comienza a arruinarse y sólo alguna liebre saltarina se acerca a sus proximidades.

-Tenaja/Merintero [19]:

Cabaña: 285 de alto x 360 de ancho

Puerta: 90 de alto x 70 de ancho

Bordeando los límites con el territorio municipal de Gumiel de Mercado y La Aguilera se eleva en la llanura, entre las verdes y mecidas llotas de cereal primaverales esta edificación popular. Hasta hace poco era un terreno para la uva; el poco rendimiento de años atrás levantaron las centenarias cepas para dar paso a la cosechadora. Una espaciosa puerta, bajo el dintel de piedra de sillería, nos introduce en un interior muy conservado y nos rememora al difunto Teógenes, que siempre la mimó cuidadosamente.

-Valdesantos [20]:

Aprovechando una amplia roca arenisca, hoy oradada por la climatología de aguas, hielos y vientos invernales, se había elevado un refugio. Su antiguo acceso miraba hacia La Aguilera (SE), y quizá sus inquilinos procuraban imaginar si la vida allí sería más llevadera y festiva; posiblemente al final se concluyera, al caer del sol, que es mejor "lo malo conocido que lo bueno por conocer", y con el azadillón y las alforjas al hombro, se despediesen de este Valle de Santos, camino de regreso al pueblo. Hoy, los conejos, juguetones, escarnan el terreno para pergeñar los túneles de sus guaridas.

5. Paseo literario por los palomares (de Tierra de Campos)

Incluimos un bello texto que nos aporta algunos datos más sobre los palomares. Está tomado de la magistral pluma de Miguel Delibes^{5[5]}.

"-Como negocio, esto de los palomares no lo es, no es negocio, vaya; yo, al menos, no lo veo, no acabo de verlo. En tiempos, tal vez, cuando la mano de obra, la albañilería, era más asequible, estaba más barata. Pero ¡ni aun entonces! Que un palomar requiere muchas atenciones, no es sólo la intemperie sino la palomina esa que todo lo abrasa y no queda más remedio que cambiar la techumbre de cuando en cuando para que no se venga abajo. Claro que lo mira usted por otro lado y la palomina esa es lo más rentable, lo que más agradezco yo del palomar, más que la caza, ya ve usted. Y, un año con otro, un palomar le deja a usted remolque y medio de palomina, un abono de excepción, que me recuerdo que hace años los valencianos subían aquí a por él porque para el naranjo no había cosa igual; se cotizaba muy bien, muy bien. Hoy, ya se sabe, con el mineral, todo resuelto, pero le participo que la palomina, la cagarruta de oveja y la porquería de cerdo son los mejores abonos naturales que existen. Pero, con eso y con todo, un palomar no rinde, no rinde, come mucho, no es negocio, vaya. Que si reparaciones, que si jalbegue, que si veneno, que si

^{5[5]} Miguel DELIBES, *Castilla habla*, Ediciones Destino, Barcelona 1986, 49-554.

matrícula... La matrícula, como lo oye, un palomar sin matrícula no vale nada, es un cero a la izquierda, ni puede acotarse, ni la caza se puede comerciar; no sirve para nada.

Entre Medina de Rioseco y Villalón, a unos kilómetros del primero, se alza el caserío de Pozo Pedro, una vieja casa de labranza, híbrida de ladrillo y adobe, con habitaciones profundas y frescas. A su vera, tres palomares, dos de ellos, de tierra y paja, en la parte posterior del edificio, semiderruidos; cilíndrico, con capuchón, el uno y, de cuatro pisos, como un zigurat mesopotámico, el otro. Ante el portón del caserío, un tercer palomar, redondo también, pero primorosamente enjalbegado, con ocho pináculos en la cubierta y cuatro troneras orientadas a los cuatro puntos cardinales, resalta entre el verde tierno de las siembras. («Ya le puede gustar a usted; trescientas mil pesetas me costó el año pasado acondicionarlo.») Alfredo Rodríguez es un hombre de media edad, de rostro curtido, en contraste con una sonrisa blanquísima, siempre abierta:

- Hace años sí, pero tengo entendido que esa disposición no rige ya, viene de cuando se sembraba a voleo, a mano, que a lo mejor no te daba tiempo de tapar las troneras y, de mañana, las palomas se comían el grano. Que yo sepa, hoy no se cierran las trampillas durante la sementera, yo, al menos, no tranco el mío, que las mismas máquinas atollan la simiente y no hay peligro, no hay peligro. Por regla general la paloma se defiende sola, no requiere cuidados, come por su cuenta, lo que no quita para que, en mi caso, como tengo al lado el caserío, eche en el corral las barreduras de la era, en el cubierto, bajo la paja, y ellas se entretienen escarbándolas y comiendo. Claro que bajan palomas de otros palomares ya se cuenta, no se puede evitar. Palomina aparte, tiene usted de beneficio la entresaca de pichones, pero ésta, como la fuga de palomas en primavera, se compensa con las forasteras que llegan en invierno, la zurita principalmente, que, así que arrecia el frío, busca refugio en los palomares. La que más alto se cotiza es la bravía, que no se si va a quinientas o seiscientas el par, para el tiro del pichón o eso, y no es que sea una paloma especial, no, es esa que ve usted ahí, que dicen que vuela mejor y es más recia. El hecho de atraparlas no tiene ninguna ciencia, no hay más que cegar por la noche las troneras y el animalito queda indefenso. A mí me las han pedido muchas veces, pero que muchas, y nunca las he vendido. El Gitano, uno de por aquí, que se dedica a eso, me viene cada año, «véndeme unas palomas, Alfredo» y yo, «que no, Gitano, que ni lo he hecho ni lo pienso hacer, ya lo sabes, que yo no crío palomas para eso». Ahora, estas del tiro de pichón son las que más dan, con diferencia, pero, a cambio, el palomar tarda tres o cuatro años en recuperarse. Lo que no va en lágrimas, va en suspiros. Se mire por donde se mire esto de las palomas no es negocio, ni creo que lo haya sido nunca. Todavía antes de la guerra, con los palomeros, vaya, pero lo que es hoy... Lo mío es un capricho, un «hobby», como dicen ahora, que un día me llego al palomar y me digo: «Voy a llevarme unos pichones para casa». Y a fano unos cuantos y los reparto entre la familia y, si sobra alguno, me llego donde el Hotel Norte y le digo al dueño: «En el coche tengo unos palominos, ¿te interesan?». «Pues sí, bájalos.» Y no hay más. Es decir, yo nunca he explotado esto como negocio; lo tengo como entretenimiento pero me cuesta dinero, me cuesta dinero.

El palomar rústico de Castilla, principalmente en Tierra de Campos, no sólo decora y amuebla el paisaje: lo calienta. Es una referencia en la inmensidad desolada del páramo. La expansión del palomar por estos pueblos data del XIX, de finales de siglo. Palomares de barro, cuadrados unos, otros rectangulares; los más, redondos como diminutos cosos taurinos. En antigüedad se llevan la

palma los de Wamba, del XVIII, y, los más bellos, como conjunto, los de Villavicencio de los Caballeros, diez palomares encaramados en una loma, como un bando de perdices, dominando el llano. La plasticidad del conjunto acrece cuando estos palomares, iluminados por el sol poniente -que arranca de la paja fulgores de oro viejo- se recortan sobre un nubazo negro, de verano. Mas en contra de lo que de lo que vulgarmente se cree, un palomar no es una simple garita para refugio de pájaros nómadas. el Palomar castellano, aparte su arquitectura más o menos caprichosa y bella, tiene su ciencia, su técnica. En la parte interna del muro de adobe (que preserva como ningún otro material del calor y del frío) van incrustados los nidales, en forma de casquete esférico, de no menos de veinte centímetros de profundidad. Por medio, un pasillo para que las aves merodeen y, frente por frente, otro muro con nidales, delimitando el patio central. Curiosamente, la puerta de los palomares se abre siempre a mediodía para evitar el zarzagán, el frío cierzo del norte:

- Los mayores enemigos del palomar son, sin duda, la grajeta y el cazador. La grajeta, si te descuidas, entra en el palomar en la época de puesta y no te deja un huevo. También el tordo es malo pero ése, al menos, convive con la paloma; todo lo más, se mete bajo las tejas; te las destroza pero las deja en paz. A la grajeta la combatimos con huevos envenenados pero van caros, van caros. A tres mil quinientas pesetas la caja. A ver, se reparten en los colgadizos y dentro. Morir no sé si morirán, pero de seguro no vuelven. Más difícil es deshacerse de los cazadores, una perdición, créame. Los hay desahogados que se ponen alrededor del palomar, tiran una piedra y ¡punpun!, al bulto. Otras veces se colocan en los pasos. Para ir a comer y a beber, la paloma tiene sus caminos en el aire y los cazadores los conocen y, entonces, aguardan ocultos y, según pasa el bando, pun-pun, una docena al suelo. Y, luego, no se olvide del figurín, el figurín que llaman ellos, la caza con figurín, un palomo vivo que amarran a un poste, de cimbel, y allí acude el palomar entero, a ver, donde va una, van todas, van todas. ¡Y menos mal que este año anticiparon la veda, si no me dejan sin un pájaro! Y le advierto que eso del figurín esta prohibido. Es como la siembra de yeros. la paloma, como es sabido, es caprichosa de los yeros y si la aguardan en la lindera, a cubierto, con el alba, acaban con ella. Y le participo que yo tengo acotado el palomar, si no, no sé lo que pasaría. Sí, como lo oye, acotado, entablillado y todo, que hoy día un palomar es muy goloso y, además de los de la escopeta, están es los de la mano larga, que el año pasado, le puse una puerta de chapa sobre la de tablas. Ya ve, conforme están los tiempos, puertas blindadas, como en las casas.

Las dificultades se amontonan y el negocio es poco rentable. Así las cosas, no tiene nada de particular que la mayor parte de los palomares de Tierra de Campos, a pesar de ser pieza esencial de la fisionomía de Castilla, estén hoy abandonados. La personalidad de un paisaje viene dictada a veces por detalles, nimios en apariencia, pero de acusada significación. Persuadido de ello, Manuel Fuentes, a su paso por la alcaldía de Medina de Rioseco, editó libros y folletos, organizó concursos y conferencias, animando al personal a conservar los palomares, tratando de convencer a sus dueños de que un palomar contribuye no sólo a crear la imagen de Tierra de Campos sino que, debidamente atendido, puede llegar a ser remunerador:

- Y, a fin de cuentas, yo no sé para qué nos gastamos tanto dinero en el palomar, porque le diré una cosa, contra más viejo y cochambroso esté, más cariño le torna la paloma. Parece que debería ser al contrario, ¿verdad?, pues no señor: contra más viejo, más querencia le muestra. Yo he hecho una obra en el palomar el año pasado, ¿verdad?, bueno, pues la paloma, desde entonces, le

rehuye, ¡qué sé yo!, le choca verlo tan arreglado, tan blanco; no la gusta. Por lo que sea, no lo sé, pero no la gusta. La prueba es que este año la caza ha disminuido. Menos mal que, al cabo del tiempo, la paloma pierde el recelo y el palomar se recupera".

⁶[1] Para una mayor información sobre los temas que vamos a abordar sugerimos: José Luis ALONSO PONGA, *La arquitectura del barro*, Junta de Castilla y León, Valladolid 1994, 192 págs.; José Luis GARCÍA GRINDA, *Arquitectura popular de Burgos*, Colegio Oficial de Arquitectos, Burgos 1998, 322 págs.; Antonio SÁNCHEZ DEL BARRIO-Carlos CARRIJANO CARBAJO, *Arquitectura popular y construcciones secundarias*, Temas didácticos de cultura tradicional, Ediciones Castilla, Valladolid, 134 págs.

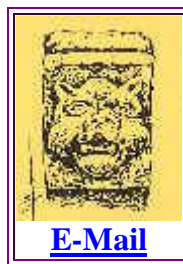
⁷[2] "Cuadernos del Salegar" 7 (Octubre de 1996) 7.

⁸[3] Archivo Municipal de Gumiel de Izán, *Libro Becerro*, fol. 10v.

En las *Ordenanzas de cosecheros de vino* del vecino Aranda de Duero aparece también la idea, pero muy posterior en el tiempo, 1783: "*Los guardas que se nombran para las viñas han de estar ocupados en el celo de ellas todo el tiempo que dure el ministerio, así de día como de noche, sin desamparar el terreno a que se les destine, a menos que no ocurra lance en que por perseguir a alguno a quien sospeche, o por acudir a poner una denuncia, o por otra causa urgente, le sea forzoso la separación, y entonces deberá prevenirla (si lo permite la ocasión) a los otros guardas más inmediatos... y su misión consistirá en impedir todo género de daños en las viñas y frutales, tanto por las personas, quanto por los ganados y perros*". Tomado de Javier IGLESIA BERZOSA, *Viñedo, vino y bodegas en la historia de Aranda de Duero*, Aranda de Duero 1982, 53.

⁹[4] Emilio SALCEDO, *Los palomares, castillos de Castilla*, en "El Norte de Castilla", 24-4-1980, 21.

¹⁰[5] Miguel DELIBES, *Castilla habla*, Ediciones Destino, Barcelona 1986, 49-554.



Copyright *Cuadernos del Salegar*
ISSN 1575-7218 D.L. BU-572-1995
Última revisión: 25 DE NOVIEMBRE 2004
